

Friedrich Nietzsche

# El nacimiento de la tragedia

o Grecia y el pesimismo

Introducción, traducción y notas de Andrés  
Sánchez Pascual



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Die Geburt der Tragödie. Oder:  
Griechentum und Pessimismus*

Primera edición: 1973  
Tercera edición: 2012  
Octava reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción, introducción y notas: Andrés Sánchez Pascual  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-7175-8  
Depósito legal: M-8.664-2012  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Introducción

El nacimiento de la tragedia

31 Ensayo de autocrítica

47 Prólogo a Richard Wagner

49 Uno

56 Dos

62 Tres

68 Cuatro

74 Cinco

82 Seis

88 Siete

96 Ocho

106 Nueve

115 Diez

121 Once

130 Doce

139 Trece

144 Catorce

151 Quince

159 Dieciséis

168 Diecisiete

177 Dieciocho

- 184 Diecinueve
- 196 Veinte
- 201 Veintiuno
- 211 Veintidós
- 218 Veintitrés
- 225 Veinticuatro
- 232 Veinticinco

Escritos preparatorios de «El nacimiento de la tragedia»

- 237 El drama musical griego
- 259 Sócrates y la tragedia
- 280 La visión dionisiaca del mundo
  
- 313 Notas del traductor

# Introducción

En otro tiempo también Zaratustra proyectó su ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. Obra de un dios sufriente y atormentado me pareció entonces el mundo.

Sueño me parecía entonces el mundo, e invención poética de un dios; humo coloreado ante los ojos de un ser divinamente insatisfecho.

Bien y mal, y placer y dolor, y yo y tú – humo coloreado me parecía todo eso ante ojos creadores. El creador quiso apartar la vista de sí mismo, – entonces creó el mundo.

Ebrio placer es, para quien sufre, apartar la vista de su sufrimiento y perderse a sí mismo. Ebrio placer y un perderse-a-sí-mismo me pareció en otros tiempos el mundo.

Este mundo, eternamente imperfecto, imagen, e imagen imperfecta, de una contradicción eterna – un ebrio placer para su imperfecto creador: – así me pareció en otro tiempo el mundo.

Y así también yo proyecté en otro tiempo mi ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. ¿Más allá del hombre, en verdad? \*

Así interpreta Nietzsche muchos años más tarde, en una alusión tácita, el significado de este pequeño y explosivo libro, el primero de los suyos y el de irisaciones más numerosas y dispares. Un libro con el que Nietzsche se convirtió definitivamente en un «intempestivo», un libro que provocó un estupor tan grande, que durante largos meses la única respuesta al mismo fue un silencio de hielo. Sólo a través de cartas y en cuchicheos de pasillos universitarios se manifestaban las opiniones sobre él. Wagner, él sí, daba gritos de júbilo: por vez primera un catedrático universitario otorgaba un espaldarazo «científico» a su obra musical. Los demás callaban. Y cuando el silencio fue roto, por obra de un panfleto violentísimo de Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff, fue para invitar a Nietzsche a que bajase de la cátedra y abandonase la enseñanza universitaria.

Creo que queda dada la demostración –dice– de los graves reproches de ignorancia y de falta de amor a la verdad. Y, sin embargo, temo haber sido injusto con el señor Nietzsche. Si me replica que él nada quiere saber de «historia y crítica», de «la denominada historia universal», que lo que él desea es crear una obra de arte apolíneo-dionisiaca, «un medio de consuelo metafísico», que sus aseveraciones no tienen la rea-

\* Véase F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, «De los trasmundanos». Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Biblioteca de autor-Nietzsche, p. 73-74.

lidad vulgar del día, sino la «realidad superior del mundo onírico» – entonces revoco y retiro formalmente lo dicho. Entonces permitiré con gusto su evangelio, entonces mis armas no dan en el blanco. Ciertamente yo no soy un místico, no soy un hombre trágico, para mí no podrá ser eso nunca más que un «accesorio divertido, nada más que un tintineo, del que sin duda se puede prescindir, añadido a la seriedad de la existencia», también a la seriedad de la ciencia: sueño de un embriagado, o embriaguez de un soñador. Una cosa exijo, sin embargo: que Nietzsche se atenga a lo que dice, que empuñe el tirso, que vaya de la India a Grecia, pero que baje de la cátedra, desde la que debe enseñar la ciencia; reúna junto a sus rodillas tigres y panteras, pero no la juventud filológica de Alemania, la cual debe aprender, en el ascetismo de un abnegado trabajo, a buscar en todas partes únicamente la verdad, a liberar su juicio mediante una entrega voluntaria, a fin de que la Antigüedad clásica le proporcione la única cosa imperecedera que promete el favor de las musas, y que sólo ella puede proporcionar con esa plenitud y pureza:

el contenido en su pecho  
y la forma en su espíritu\*.

¿Qué había pasado para que fuese ésta la respuesta del «mundo universitario» al primer libro de un joven catedrático de veintiséis años en el que tantas esperanzas

\* U. v. Wilamowitz-Möllendorff: *Zukunftsphilologie!* [*¡Filología del futuro!*], Berlín, 1872, p. 32. Todos los papeles de esta resonante polémica se encuentran reunidos ahora en *Der Streit um Nietzsches «Geburt der Tragödie»* [*La polémica sobre «El nacimiento de la tragedia», de Nietzsche*], Hildesheim, 1969, editado por Karlfried Gründer.

estaban puestas, del que su maestro Ritschl, el más grande de los filólogos de entonces, había dicho al recomendarlo para la cátedra de Basilea: «podrá lo que se proponga»? ¿Cuál fue la causa de ese equívoco enorme, a consecuencia del cual Nietzsche no pudo dar clases al semestre siguiente en la universidad... porque ni un solo alumno acudió a ellas?, ¿que provocó odios incomprensibles, como el nacido entre Wilamowitz y E. Rohde, los cuales no volvieron a hablarse en su vida ni a citarse una sola vez en sus obras? ¿Por qué Nietzsche escribió este libro como lo escribió, por qué tuvo que escribirlo así? Un breve repaso a la génesis de esta obra nos dará algunas respuestas a esta pregunta.

### La génesis de *El nacimiento de la tragedia*

El 19 de abril de 1869 llega F. Nietzsche a Basilea. Tiene veinticuatro años y acaba de ser nombrado catedrático de filología clásica en aquella universidad. Como es bien sabido, fue este nombramiento, en la académicamente rigurosa Alemania, algo sorprendente. Nietzsche, que no había presentado ninguna tesis doctoral, recibió, sin embargo, de la Universidad de Leipzig el título de doctor, sobre la base de los trabajos publicados por él en la revista *Rheinisches Museum*, dirigida por su maestro Ritschl. De un golpe, pues, y como por arte de magia parece Nietzsche haber alcanzado todo lo que podía esperar alcanzar en una carrera docente universitaria. Ahora, sin embargo, Nietzsche tiene que demostrar a sus colegas los filólogos que aquel nombramiento no había sido una arbitrariedad



ni un acto de nepotismo. Ahora Nietzsche tiene que escribir «un libro»: su primera obra. Un libro, además, que fuese cual fuese su tema, tenía que estar escrito mirando con el rabillo del ojo a sus colegas. Y como en aquella época Nietzsche está empapado de filosofía schopenhaueriana; y como además siente un entusiasmo sin límites por la obra musical de Wagner, el cual le honra con su amistad íntima y a quien él visita todos los fines de semana; y como, por otro lado, sus relaciones con la filología eran muy extrañas y peculiares (unas relaciones de verdadero enamorado: fervor extático, y a la vez asco y odio): el libro que de aquí podía salir tenía que ser, por necesidad, «algo imposible», como dice su mismo autor.

Nietzsche empieza sus clases, tiene poco después su lección inaugural («Sobre la personalidad de Homero»), y medita a fondo sobre los griegos. Lo que en su interior pasaba se puede rastrear por los vestigios escritos que de aquellas meditaciones poseemos. Tras pasar las vacaciones de verano de 1869 en diversos lugares de Suiza, Nietzsche, vuelto a Basilea, da a conocer a un amigo suyo sus planes de trabajo inmediatos:

En el próximo invierno tendré ocasión de ser útil en *nuestro* sentido, pues he anunciado historia de la filosofía preplatónica y un curso sobre Homero y Hesíodo. También tendré dos conferencias públicas, «sobre la estética de los trágicos griegos y sobre el drama musical antiguo», y Wagner vendrá a oírlas desde Tribtschen.

Ya te he escrito cuánto valor tiene para mí este genio: es la ilustración viviente de lo que Schopenhauer llama un «genio» [carta a Gersdorff, de 28 de septiembre].

Las dos conferencias aludidas aquí por Nietzsche, y cuyo texto completo encontrará el lector más adelante, constituyen el primer germen de lo que será más tarde *El nacimiento de la tragedia*. La primera se celebra el día 18 de enero de 1870, con el título de «El drama musical griego». La segunda, poco después, el 1 de febrero, con el título «Sócrates y la tragedia». Nietzsche envía el texto a sus amigos de Tribschen y recibe de Wagner una carta entusiasta con un «consejo»: que amplíe aquellos pensamientos y escriba un libro. En Basilea las ideas expresadas por Nietzsche en público fueron, en cambio, mal acogidas. Sobre todo sus ataques a la «gran ópera» y a la prensa despertaron, dice Nietzsche, «espanto y malentendidos». Y a su amigo Deussen le escribe que su conferencia sobre «Sócrates y la tragedia» fue tomada como una cadena de paradojas y, en parte, provocó odio y rabia.

Nietzsche, ciertamente, no necesitaba el consejo de Wagner para escribir un libro. Estaba decidido a hacerlo, y su propósito era componer una obra de conjunto sobre la cultura griega. Pero las insinuaciones de Wagner, al que apoyaba sagazmente su mujer Cósima, fueron dando cada vez más al «libro sobre los griegos» un sesgo del que luego Nietzsche se arrepentirá profundamente. Por lo pronto, Nietzsche empieza a aludir a ese libro en las cartas a sus amigos:

Propiamente no tengo ambición literaria, y no necesito adherirme a ningún patrón dominante, puesto que no aspiro a ocupar puestos brillantes y famosos. En cambio, cuando llegue el tiempo, quiero hablar con toda la franqueza de que sea capaz. Ciencia, arte y filosofía crecen ahora tan juntos

dentro de mí que en todo caso pariré *centauros* [a Rohde, febrero de 1870].

Y uno de esos centauros fue *El nacimiento de la tragedia*.

El otro vestigio escrito de que disponemos es el ensayo titulado «La visión dionisiaca del mundo», cuyo texto completo podrá el lector ver también más adelante. Este ensayo lo escribió Nietzsche en los meses de julio y agosto de 1870, durante las vacaciones veraniegas. La guerra francoalemana que estalló por aquellos días y en la que Nietzsche participó fugazmente como enfermero no le impidió seguir meditando sobre los signos de interrogación que había colocado en torno a los griegos:

*El nacimiento de la tragedia* parece un escrito muy intempestivo: nadie imaginaría que fue *comenzado* bajo los truenos de la batalla de Wörth. Yo medité a fondo estos problemas ante los muros de Metz, en frías noches de septiembre, mientras trabajaba en el servicio de sanidad\*.

Pero el «libro sobre los griegos» que Nietzsche proyectaba fue estrechando cada vez más su horizonte. Lo que primitivamente iba a denominarse Consideración sobre la Antigüedad, que abarcaba unos veinte temas (la personalidad de Homero; la lírica griega; la estética de Aristóteles; ensayos especiales sobre Demócrito, Heráclito, Pitágoras y Empédocles, sobre el Estado griego,

\* F. Nietzsche, *Ecce homo*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Alianza Editorial, Biblioteca de autor-Nietzsche, p. 86.

sobre la mujer griega, sobre la esclavitud griega, etc.), iba quedando reducido a un ensayo sobre la estética de los trágicos y sobre el pesimismo en la Antigüedad. La lucha de Nietzsche en todos estos meses con el material que pretendía abarcar es desesperada. Testimonio de ello son los constantes cambios de título. Así, por ejemplo, dice en una carta a Rohde:

En cuanto tenga listos algunos pequeños ensayos (sobre materias antiguas), quiero concentrarme en un libro para el que se me ocurren cada vez más cosas. Temo que no producirá una impresión filológica; mas ¿quién puede ir contra su naturaleza? Comienza ahora para mí el período del escándalo, después de haber despertado durante algún tiempo una agradable complacencia, porque llevaba puestas las viejas y conocidas pantuflas. Tema y título del futuro libro: *Sócrates y el instinto*.

Pero otras veces el título será *La tragedia y los espíritus libres*, o *La jovialidad griega*, u *Origen y meta de la tragedia*. Wagner, sin embargo, está al acecho. Lo que él desea sin duda es que Nietzsche escriba un libro en que su propia obra musical aparezca como el renacimiento verdadero de la Antigüedad. Y Nietzsche no pudo ni supo resistirse, aunque cuando estaba redactando su obra había dejado ya de ser wagneriano, como ha demostrado T. M. Campbell\*. En este sentido habría que decir que esta obra fue insincera.

\* Véase «Nietzsche-Wagner to Jan. 1872», en *Publications of the Modern Language Association of America*, 1941, pp. 544-577.

Durante el invierno 1870-1871 la salud de Nietzsche empeora de tal modo que tiene que pedir una liberación de sus obligaciones académicas, y se retira a Lugano con su hermana. Desde allí escribe a Rohde estas melancólicas palabras:

Entre muchos estados de ánimo, de depresión y de indiferencia, he tenido también algunos de verdadera exaltación y he dejado alguna huella de ellos en el pequeño escrito citado. Con respecto a la filología vivo en un alejamiento tan insolente, que no se lo puede pensar peor. La alabanza y el reproche, e incluso todas las más altas glorias por ese lado me hacen temblar. Y así me introduzco cada vez más en mi filosofía y creo ya en mí; más aún, si alguna vez debiera convertirme en un poeta, estoy dispuesto a ello... Este estado de ánimo me permite mirar hacia la posición universitaria entera como hacia algo secundario, más aún, con frecuencia penoso, y hasta aquella cátedra de filosofía me atrae propiamente sobre todo por ti, dado que también esa cátedra la considero tan sólo como algo provisional [29 de marzo de 1871].

A la vuelta de Lugano para reincorporarse en Basilea a sus tareas universitarias, Nietzsche se detiene en Tribtschen y discute largamente con Wagner la estructura del libro; esta visita de Nietzsche a Wagner, funesta en cierto modo para el primero, imprimirá su huella definitiva a la obra, que a partir de este momento sigue una marcha prefijada. Bajo el influjo de Wagner, Nietzsche se decide a reelaborar totalmente sus pensamientos sobre los griegos y a enfocarlos hacia la obra wagneriana. Pocos días después de la mencionada visita Nietzsche busca editor,

y el día 20 de abril ofrece a W. Engelmann, de Leipzig, un libro bajo el título de *Música y tragedia*. Tras muchas dudas, Engelmann no se decide a publicar la obra. Por ello Nietzsche, con ocasión de una visita a Leipzig, a mediados de octubre de 1871, entrega la obra al editor E. W. Fritsch, aun sin estar completa. El 18 de noviembre le envía más material, y por fin, el 12 de diciembre, le manda los últimos capítulos. En los últimos días del año 1871 el libro está publicado.

## La polémica y las causas del equívoco

Como se ha dicho al comienzo, la primera respuesta a este libro fue el silencio total. Pero este silencio encubría en su oscuridad una tormenta amenazadora para Nietzsche. Eran demasiadas las cosas que en tan breve obra había tocado éste, y algunas, muy incidentales, estaban dichas de cara a la galería. Por ejemplo, el mundo de los filólogos alemanes estaba dividido entonces en dos irreconciliables partidos. De un lado, Ritschl, su método y sus seguidores. De otro lado... los enemigos de Ritschl, que también eran poderosos. El más joven, el más brillante, el más genial profesor que había salido de la escuela de Ritschl era Nietzsche. Pero Nietzsche era, por esencia, el anti-Ritschl. Pocos años antes, cuando Nietzsche estudiaba en Bonn, los dos filólogos principales de aquella universidad, Otto Jahn y F. Ritschl, habían mantenido una polémica espectacular, a consecuencia de la cual Ritschl abandonó Bonn y marchó a Leipzig. Y aunque en aquella época Nietzsche había dado la razón a

Otto Jahn, ahora en este libro, en el lugar menos esperado, lanzaba contra él cieno. El asunto es tanto más desagradable cuanto que Jahn había muerto, y Nietzsche, probablemente, no quiso con este exabrupto más que halagar a su maestro. Otro ejemplo: la orgullosa Alemania vencedora de Francia en la guerra del 70 despreciaba con bastantes malos modos todo lo «latino». Y Nietzsche, incitado sin duda por los Wagner, contraponen también, en algunos pasajes nada pertinentes, la «cultura» alemana a la «civilización» francesa. En todo caso, el libro de Nietzsche ofrecía a los enemigos de Ritschl la ocasión propicia para retorcerle a éste el cuello *–in effigie–*. Y así se hizo. Fue una verdadera ejecución, seguida de descuartizamiento.

Por lo pronto, Usener declaró en Bonn a sus alumnos que el autor de *El nacimiento de la tragedia* estaba «científicamente muerto». Y Ribbeck, desde Kiel, pedía «pruebas», «aunque sólo sea un testimonio», de que es verdad lo que Nietzsche dice. A lo que éste respondió malhumorado a través de Rohde: «Se esfuerza uno en acercarse al origen de las cosas más enigmáticas – y ahora el estimado lector pide “testimonios”». Lo más grave para Nietzsche y lo que le hizo sentirse inseguro fue precisamente la actitud de su maestro Ritschl. Nada más recibir el libro, éste escribió en su diario, con fecha 31 de diciembre de 1871: «*Buch von Nietzsche. Geburt der Tragödie (= geistreiche Schwivemelei)*» [Libro de Nietzsche. *El nacimiento de la tragedia* (= ingeniosa borrachera)]. Pero calló hacia fuera. Inquieto por su silencio, Nietzsche le escribe una carta desde Basilea, el 30 de enero de 1872, en la que le dice:

No tomará usted a mal mi asombro por el hecho de no haber oído de usted ni una palabrita sobre mi libro recién publicado, ni tampoco se enfadará por la franqueza con que le declaro este asombro. Pues mi libro es algo así como un manifiesto y en modo alguno incita a callar. Acaso usted se extrañe si le digo cuál es la impresión que yo presupongo en usted, venerado maestro: he pensado que si alguna vez en su vida ha tropezado usted con algo esperanzador, habrá sido este libro, esperanzador para nuestra ciencia sobre la Antigüedad, esperanzador para el ser alemán, aun cuando un gran número de individuos deba perecer a causa de esto... Lo que a mí me importa sobre todo es apoderarme de la joven generación de filólogos, y consideraría un síntoma afrentoso el no conseguirlo.

Ritschl, que, al parecer, únicamente a su diario confiaba lo que de verdad sentía, escribió esta vez, con fecha 2 de febrero de 1872: *Fabelhafter Br. von Nietzsche* (= *Grössenwahnsinn*) [Carta increíble de Nietzsche (= megalomanía)]. Y tardó varios días en contestarle, diciendo que era demasiado viejo para lanzarse por caminos totalmente nuevos de la vida y del espíritu.

Rohde, el amigo de Nietzsche, intentó publicar una reseña en el *Litterarisches Centralblatt*, pero esa reseña fue rechazada, por lo cual el 26 de mayo de 1872 publicó en un periódico, la *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, un escrito haciendo propaganda del libro de Nietzsche. Frente al silencio de los especialistas, un escrito en un periódico casi sólo podía agravar las cosas. Y poco después, a finales de mayo, apareció en Berlín el panfleto de Wilamowitz, titulado, de manera mordaz,



*¡Filología del futuro! Una respuesta al libro de Friedrich Nietzsche «El nacimiento de la tragedia».* El folleto ocupa 32 páginas (el libro de Nietzsche tiene 143) y constituye un ataque frontal a la posición de Nietzsche. No es sólo que Wilamowitz se complazca en ir enumerando uno por uno todos los errores (o presuntos errores) de Nietzsche en el aspecto histórico, sino que lo que él rechaza es la interpretación de Grecia dada por Nietzsche. El párrafo citado al comienzo, que es el final de este escrito de Wilamowitz, lo explica con claridad.

Nietzsche no se defendió personalmente. La desagradable tarea fue encomendada a Rohde, aunque Wagner se apresuró a publicar una «Carta abierta a F. Nietzsche» en el mismo periódico en que Rohde había hecho aparecer su primer escrito. El entusiasmo de Wagner era comprensible (uno de los muchos motivos de entusiasmo para Wagner era que el libro no tuviese notas), pero necesariamente tenía que comprometer todavía más a Nietzsche. Lo que éste necesitaba, si es que la necesitaba, era una defensa que viniera de un filólogo. Y aquí es donde radica todo el malentendido. Hasta el mismo Nietzsche creía que lo que él había escrito era un libro filológico, y por eso había puesto debajo de su nombre, en la portada de la obra: «Catedrático ordinario de filología clásica en la Universidad de Basilea». Rohde, en todo caso, con amistad sacrificada, salió en su defensa como filólogo, y publicó a finales del año otro panfleto titulado *Afterphilologie* [Pseudofilología] (Leipzig, 1872), que, con vistas al público, se presentaba como *Mensaje de un filólogo a R. Wagner* y que empieza con estas palabras: «¡Venerado maestro!». Si el escrito de Wilamowitz

no se puede leer sin repugnancia, por el sinnúmero de insultos en él acumulados, el de Rohde no le queda a la zaga, y tal vez lo supera. Wilamowitz no se calló, sino que contestó con una «segunda parte» de *¡Filología del futuro!* (Berlín, 1873), cuyo penúltimo párrafo dice:

Pues todo el que juzgue sin prejuicios se dará cuenta de que yo he luchado honestamente, que lo que a mí me importa es el asunto mismo, la verdad. Sin duda que ésta triunfa sin mi ayuda, y muy pronto la rápida corriente del tiempo arrastrará consigo tanto estas páginas como las de mis adversarios: sin embargo, no me arrepiento de haber comenzado y proseguido una lucha que, en verdad, no podía proporcionarme ninguna fama, ningún provecho, ningún goce, y a la que no me arrastró ninguna necesidad, ninguna amonestación de fuera, sino la voz del deber, que incita a mantener en alto la bandera bajo la que se lucha\*.

La lectura hoy de las «actas» de aquel pleito, a los cien años justos de haberse producido, es –ya se ha dicho– penosa. Y, sin embargo, también resulta fascinante. Pues es el ejemplo clásico del desconocimiento del genio, es un arquetipo de lo que sucede y sucederá siempre cuando, por un malentendido, chocan entre sí el filósofo (el verdadero filósofo) y el erudito. El primero queda y quedará siempre destruido –por el momento–. Lo que añade grandeza a esta querrela es la serena inocencia de

\* Una fina descripción de toda esta querrela puede verse en el artículo de Manuel F. Galiano «Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff y la filología clásica de su tiempo» (publicado en *Estudios clásicos*, 56, pp. 24-57).

Nietzsche al creer que quienes se daban de cuchilladas por su causa estaban hablando de él o de su obra. Hasta muchos años después, y una vez bajado de la cátedra, Nietzsche no se dio cuenta de que lo que él había descrito en su libro era una vivencia personal, y que lo que él había expuesto –bajo máscaras desorientadoras: la del filólogo, la del wagneriano, la del schopenhaueriano– era una visión nueva del mundo: el pensamiento trágico.

## El contenido de la obra

Dejemos de lado a Wagner, dejemos de lado también a Schopenhauer, los cuales, según dirá más tarde Nietzsche, le «echaron a perder» su obra. Dejemos de lado lo que este libro tiene de manifiesto de una nueva política cultural. Dejemos de lado sus esperanzas en la resurrección del «mito germánico». Incluso podemos dejar de lado todo lo que Nietzsche dice sobre los griegos: lo que dice sobre la tragedia, sobre Homero y Arquíloco, sobre Eurípides y Sócrates, sobre Apolo y Dioniso, sobre el sueño y la embriaguez, sobre el coro trágico y la evolución de la tragedia, sobre la epopeya y la lírica, sobre la música y el texto de los grandes trágicos griegos, todo lo cual, por lo demás, permanece como una conquista imposible de perder. Quedémonos con lo único importante, lo que Nietzsche dice sobre la vida. En este sentido, como se ha afirmado con acierto, es ésta la primera formulación de la filosofía de Nietzsche. Incluso puede aseverarse que Nietzsche no fue nunca más allá de lo que en estas páginas dice. De aquí la importancia de las mismas.

Podrá, sí, expresar lo mismo con otra óptica, desde perspectivas distintas. Pero se trata únicamente de reformulaciones de lo mismo.

Lo que Nietzsche expone en este escrito es su intuición y su experiencia de la vida y de la muerte. Todo es uno, nos dice. La vida es como una fuente eterna que constantemente produce individuaciones y que, produciéndolas, se desgarrar a sí misma. Por ello es la vida dolor y sufrimiento: el dolor y el sufrimiento de quedar despedazado lo Uno primordial. Pero a la vez la vida tiende a reintegrarse, a salir de su dolor y reconcentrarse en su unidad primera. Y esa reunificación se produce con la muerte, con la aniquilación de las individualidades. Por eso es la muerte el placer supremo, en cuanto que significa el reencuentro con el origen. Morir no es, sin embargo, desaparecer, sino sólo sumergirse en el origen, que incansablemente produce nueva vida. La vida es, pues, el comienzo de la muerte, pero la muerte es la condición de nueva vida. La ley eterna de las cosas se cumple en el devenir constante. No hay culpa, ni en consecuencia redención, sino la inocencia del devenir. Darse cuenta de esto es pensar trágicamente. El pensamiento trágico es la intuición de la unidad de todas las cosas y su afirmación consiguiente: afirmación de la vida y de la muerte, de la unidad y de la separación. Mas no una afirmación heroica o patética, no una afirmación titánica o divina, sino la afirmación del niño de Heráclito, que juega junto al mar.

Y todo esto lo expone Nietzsche no de una manera simplemente conceptual, sino con un lenguaje fascinante e intuitivo, que habla a los «iniciados». En este sentido,

es todo el libro una confesión susurrada al oído, no, en modo alguno, un libro para el «público». Y, sobre todo, no es un libro para el «público culto», el cual se esfuerza en olvidar el pensamiento trágico mediante el optimismo de la superficialidad.

## La presente edición

*El nacimiento de la tragedia* tuvo en vida de Nietzsche tres ediciones. La primera, en 1872. La segunda, en 1874, en la cual su autor realizó diversas correcciones, atendiendo sobre todo a las sugerencias de su amigo Rohde. La tercera, por fin, en 1886, es idéntica a la segunda, con la única excepción de que el título se modifica un poco (pasa a ser *El nacimiento de la tragedia, o Grecia y el pesimismo*, en lugar de *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*), y además se añade un amplio «Ensayo de autocrítica». He tomado como base, claro está, la última de las ediciones publicadas por Nietzsche, pero la he comparado con las dos anteriores. En las notas señalo las modificaciones realizadas en el texto de la segunda edición con respecto a la primera. De este modo el lector tiene simultáneamente en sus manos las tres ediciones realizadas por Nietzsche.

A *El nacimiento de la tragedia* he añadido los tres trabajos preparatorios a que me he referido antes. Es la primera vez que se traducen al castellano estos tres estudios, cuyo texto alemán completo está, por otra parte, publicado en un lugar tan recóndito que prácticamente se halla inédito.